

Compartiendo tiempos de escucha

El pasado 23, 24 y 25 de noviembre, en el Museo Nacional Thyssen Bornemisza (Madrid), se celebró el IV Encuentro Internacional Educación y Museos, bajo el lema *La escucha como práctica*. Los anteriores congresos sobre esta función de los museos, la educativa, - muchas veces entendida como un mero servicio-, habían situado el foco en los puntos más candentes de la práctica de esa función, quizás por *una suerte de habilidad premonitoria respecto al presente y futuro de los museos; probablemente debida a una [permanente reflexión](#) sobre su labor* por parte del equipo de educadoras de Educathysssen.

La primera convocatoria de ese congreso se centró en *la formación de los educadores*, la segunda animó a reflexionar partiendo de las acciones educativas que normalmente se llevaban a cabo (*De la acción a la reflexión*), la tercera convocatoria siguió insistiendo en la continua necesidad de *Repensar los museos*. Y en el 2020, antes de que un decreto nos situara en un estado de alarma, el Thyssen parecía que se anticipaba de nuevo a lo que estaba por venir, sin saberlo, con el título para su próximo encuentro: *Cuando todo arde. Museos y educación en tiempos de emergencia*.

Y ahora, tres años después, ese congreso que el [confinamiento](#) postergó, vuelve en forma de encuentro para practicar una necesaria habilidad, muchas veces olvidada desde la posición elitista que aún se arrastra desde muchos de los museos del mundo: escuchar. Pero hacerlo activamente, con todos los poros de nuestra piel y todos nuestros sentidos, como una experiencia que sitúe *la sinestesia como exigencia*, en palabras de Marta Sanz.

Rufino Ferreras, jefe del Área de Educación del Museo Nacional Thyssen Bornemisza de Madrid, lo dejó claro. La mejor y más transformadora herramienta de los museos es escuchar activamente. *Escuchar como arma para el futuro, poniendo nuestras "orejas" al servicio de la sociedad*.

Continuó la jornada la escritora Marta Sanz con una sugerente lectura bajo el título *Tener oído*, para recordarnos que somos sujetos y objetos de la escucha. Para plantearnos la pregunta ¿qué se escucha en el museo? Para reivindicar los otros sentidos *prohibidos* en el museo y el valor de la honestidad en la práctica educativa. *El oído, igual que el gusto, puede ser educado* y quizás hoy más que nunca, *no podemos inhibirnos de los sonidos de nuestros tiempos*. En su relato, nos advierte de algo que ya sabemos, pero que es difícil asumir: escuchar implica que quizás oigamos lo que nunca quisimos oír. Luego quizás, si los museos escucháramos más y mejor de cómo lo hacemos, estaríamos más cerca de las preocupaciones de quienes nos visitan, de sus anhelos y de sus intereses. Parece



Fragmento del cuadro "Judith con la cabeza de Holofernes" de Fedele Galizia, en la exposición Maestras.

entonces posible articular *nuevas formas de escucha en los museos*, porque éstos pueden ser vistos o *como altavoces o como aislantes acústicos*. Podemos ver los museos como *cajas de resonancia*. Pero la honestidad a la que Marta Sanz hizo alusión implica también, asumir que debemos practicar una escucha en la que todo sea posible, pero en la que, sin embargo, no todo vale.

Tocó el turno de Mario Chagas, director del Museo de la República de Río de Janeiro. Nada más comenzar trajo a colación que mucho más importante que la escucha es mantener la conversación, dado que *el principio activo de ésta, es la propia escucha*. Su intervención incorporó un nuevo concepto: el de *fratrimonio* como hilo conductor de la experiencia que su museo vivenció en relación a la colección [Nosso Sagrado](#). Quinientas diecinueve piezas confiscadas a las casas de religiosidades afro-brasileñas por las comisarías de policía durante las primeras décadas de la república habían sido recuperadas. En una práctica de escucha activa, ese esfuerzo permitió que los objetos fueran transferidos al Museo de la República. La única condición: que un grupo de líderes de esas religiosidades y conservadores del museo fuera constituido para la gestión compartida de la colección. Chagas planteó que los museos deben reconocer su ignorancia respecto a muchos conocimientos y prácticas culturales en torno a los objetos que custodian y sugirió que la praxis museística debe girar en torno a dos tesis:

- 1- *El mundo de los museos debe ser, a su manera, una fortaleza en la lucha contra el racismo (el racismo no pasará por los museos)*. Lo cual nos lleva a pensar en la necesidad de seguir revisando nuestras exposiciones permanentes, las clasificaciones de nuestras colecciones, nuestras perspectivas eurocéntricas y decolonizar nuestro quehacer.
- 2- *La museología que no sirve para la vida, no sirve para nada; la museología que no cuida de la vida no cuida de nada*. Lo cual sitúa los museos en un ecosistema para el cuidado de las personas y sus realidades, que dista mucho del ecosistema impostado, víctima de la cuantificación meramente numérica, en la que muchos museos siguen habitando.

Amanda Sanger del [District Six](#) Museum en Ciudad del Cabo planteó la necesidad de una pedagogía humanizadora que contrarreste que muchos museos son en el fondo, lugares de genocidio cultural. El District Six lleva el nombre de uno de los distritos municipales de la ciudad que, antes del Apartheid, era habitado por una comunidad diversa a muchos niveles: lengua, religión, clase social y ámbito geográfico de origen. El distrito seis fue declarado área blanca y en los años 80 del siglo pasado, más de 60000 familias fueron obligadas a mudarse mientras sus casas eran derribadas por palas. En este contexto, en pleno siglo XXI, Sanger defendió la necesidad real de



ser espacios discursivos y dialógicos, donde promover la escucha y *teorizar con la comunidad, no en nombre de ella*. Esto implica asumir que *escuchar supone dar espacio*.

Por su parte, Bernd Scherer profesor de la Humboldt-Universität de Berlín puso en tela de juicio sistemas de conocimiento transmitidos por la educación, que se basan en el distanciamiento, y que, en consecuencia, merman nuestra capacidad de acción e imaginación en una era, la del Antropoceno, que sin embargo ya está requiriendo de nosotras nuevas opciones, nuevas perspectivas. ¿Qué podemos aportar desde los museos a su idea de educación radical? ¿Quizás esa educación que él denomina radical puede ser *una contribución a la relación entre pensar y vivir?*

Carol Rogers (National Museums of Liverpool) con el proyecto [House of Memories](#) volvió a situarnos en la imperiosa urgencia de escuchar a *otros públicos*. Los destinatarios de este



programa con una década de trayectoria, que incluso cuenta con una aplicación móvil y un vehículo que transita de barrio en barrio, son personas diagnosticadas con demencia, pero también sus familias y las personas cuidadoras. Rogers plantea que la memoria es esperanza y uno de los participantes en este programa educativo nos interpela directamente con esta frase: *si tengo recuerdos sigo estando aquí, sigo siendo yo*. Ya

después del confinamiento, algunas comunidades iniciaron proyectos para recetar cultura, al albur de algunas iniciativas del norte de Europa. Y son muchos los museos que, cada vez más, entienden que su quehacer puede ayudar al cuidado de las personas.

Asunción Martínez, educadora del Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira, nos propuso *pensar el museo desde fuera del museo*. Su intervención plantea, en un mundo de la inmediatez, un *museo sin prisas*. Pero también sugirió la necesidad de *destallerizar* y *desdisciplinar* el museo. La apuesta del área de educación del museo de Altamira es la de un museo compartido, que no compartimentado. Conectar con la comunidad desde lo cotidiano y desde la naturaleza que nos rodea. Un compromiso con una relación más sostenible, desacelerada y consciente con un entorno, el del museo, acostumbrado a recibir hordas de visitantes de los cuales sólo un 9% es local. Quizás se trata de hacerse la pregunta que acompañó hace unos años a una de las fotografías de unas de sus exposiciones temporales: *No somos los primeros, pero ¿somos los últimos?*

La segunda jornada terminó con una conversación entre Joaquín Araujo, naturalista y escritor; y Rufino Ferreras a partir de dos preguntas: ¿es arte la vivencia de la vivacidad? ¿Puede el arte evitar los colapsos?

El 25 de noviembre arrancó de la mano de Silvia M. Lovay, coordinadora de educación del Museo Nacional Estancia Jesuítica de Alta gracias y Casa del Virrey Liniers (Argentina) y

miembro del Comité de Educación y Acción Cultural para América Latina y el Caribe (CECA LAC) del ICOM. Lovay planteó la pregunta de si seguir con las reglas instituidas en las instituciones museísticas, según las cuales el museo ostenta *el monopolio de la palabra y la escucha única*. O, en cambio, que cada museo se defina a sí mismo, por encima incluso de la definición del ICOM, que sólo es una suerte de cuaderno de bitácora. Aludió a Walter Benjamin en su referencia a los museos como lugares que suscitan sueños, pero añadió que deberían ser lugares para el disenso, el debate y la escucha. Propuso distinguir entre sociedad y comunidad, planificar junto a las comunidades, y asumir que el conocimiento que genera el museo no es neutral. Tener claro al menos el museo que no queremos ser. Y entender que incluir a esos que hemos llamado *otros* no significa *navegar paternalistamente en el mundo del oprimido*. Se trata, en definitiva, de *la escucha como acto de amor, poderoso y transformador*.

Yayo Herrero, antropóloga, ingeniera, profesora y ecofeminista nos llevó de la mano por una red de conceptos y acontecimientos interrelacionados, porque *la dependencia es un rasgo inherente de la vida*. Su intervención puso a todas las personas que asistimos en pie mientras aplaudíamos agradecidos por sesenta minutos que removieron conciencias aletargadas y llamaron al compromiso y la responsabilidad. Nos recordó que *entre tejer y tajar sólo hay una letra* y que en palabras de Isabelle Stengers, vivimos el momento de la intrusión de Gaia. Yayo Herrero reconoció que no viene del mundo de los museos y tampoco del arte, pero cree firmemente que el museo puede ser entendido como el palacio del pueblo, desde el que poder pensar nuevas relaciones en un mundo en el que la vida agoniza.

Gemma Carbó, directora del Museo de la Vida Rural de la Fundación Carulla planteó el reto de conectar lo urbano con lo rural. Y volvió a recordar la importancia de contar con un plan estratégico y un proyecto pedagógico del museo. Su intervención precedió a la mesa redonda en la que participaron Eva García (educadora del Museo Nacional Thyssen-Bornemisza), Ana Moreno (coordinadora general de educación y acción cultural del Museo Nacional del Prado) y Fernando Sáez (director del Museo Nacional de Antropología).

La conversación entre los tres trajo a la palestra ideas como la endogamia de escucha entre nosotras, la necesidad de una o dos generaciones para que nuestras organizaciones se articulen desde estos nuevos paradigmas, la analogía de que somos un eslabón en una cadena en el espacio y en el tiempo, y que, en consecuencia, los procesos educativos nos trascienden.

La importancia de reconocer que *no hacemos 120 programas de escucha al año*, que escuchar es cuestión de tiempo, que escuchar no es cuestión de productividad, aunque los proyectos de escucha no pueden eternizarse. El reconocimiento de que los proyectos de escucha exigen honestidad y horizontalidad y que, entendidos como procesos de participación, implican una relación de confianza. *No podemos defraudar, los que participan tienen*



expectativas, se escuchó decir. Y en todo este complejo entramado, los tres participantes en la mesa redonda reconocen que hay que *hacer pedagogía interna de quienes nos dirigen*.

Tras la mesa redonda, Elvira Espejo, directora del Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF) en Bolivia nos habló desde su propia biografía. Tejedora y procedente de una comunidad indígena, tras sus estudios universitarios, en los que no hacía más que escuchar cómo hablaban de ellas los *otros*, y cómo se consideraba que sus artes textiles eran artesanías; cuando asumió su responsabilidad en el museo, se propusieron superar los *academio-centrismos* y reescribir desde sus conocimientos en la lectura de los hilos todo aquello que se había dicho o escrito.



El IV Encuentro Internacional Educación y Museos terminó, tras tres jornadas de escucha activa y de conversaciones en descansos y sin descanso, con un abrazo colectivo mientras recitábamos, guiados por Mario Chagas, uno de sus poemas:

La felicidad está al otro lado del río

El amor también está al otro lado del río

Todo lo que quiero está al otro lado del río

Si estuviera allí al otro lado del río, este lado sería el otro lado del río.

Ojalá aprendamos a escuchar activamente, desde cualquier lado del río.

Ruth Acárate Miguel
Conservadora
Museo de Historia y Antropología de Tenerife